

LA CIUDAD
EN LA HISTORIA

La ciudad en la historia

FABIO ZAMBRANO P.*

Profesor Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Colombia

122

"Abel fue pastor de ovejas y Caín labrador. Y aconteció al cabo de mucho tiempo que Caín presentó al Señor ofrendas de los frutos de la tierra. Ofreció así mismo Abel de los primicias de su ganado y de lo mejor de ellos; y el señor miró con agrado a Abel y a sus ofrendas. Pero de Caín y de las ofrendas suyas no hizo caso por lo que Caín se irritó sobre manera y decayó su semblante (...) —¿Qué has hecho? La voz de tu hermano está clamando a mí desde la tierra. Maláito, pues, serás tñ desde ahora sobre la tierra. Después que la habrás labrado, no te dará sus frutos; errante y fugitivo vivirás sobre la tierra. Salido pues Caín de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el país que está al oriente del Edén. Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió, y dio a luz a Henoc; y edificó una ciudad que llamó Henoc, del nombre de su hijo".

GÉNESIS, CAPÍTULO IV.

1. LA CIUDAD EN LA HISTORIA

Los orígenes de la vida urbana ya se encontraban en la cultura paleolítica. Hace unos quince mil años surgió la seguridad alimenticia con los asentamientos permanentes y la vida sedentaria, consolidados con los adelantos agrícolas. Se trata de un proceso de asentamiento, domesticación y regularidad en la alimentación que entró en una segunda etapa hace unos diez mil años. Aparece la domesticación de ciertas plantas, así como la utilización de algunos animales, como, también, la domesticación de las gentes, pues empiezan a consolidarse unas estructuras de dominación que permiten la regulación de los excedentes alimenticios. Se diversifican las fuentes productoras de alimentos, así como la fuerza de tiro y la movilidad colectiva. Esto permite la ocupación permanente de ciertos espacios, condición indispensable para perfeccionar el control de las gentes. Esto está asociado con la revolución agrícola; se contro-

* Profesor titular, economista e historiador

laron procesos que antes estaban sujetos a los caprichos de la naturaleza. Sin este dilatado período del desarrollo agrícola y continuo proceso de perfeccionamiento de la vida doméstica, el excedente de alimentos y mano de obra que hizo posible la vida urbana, no se hubiera conseguido. Sin la previsión y la disciplina moral consciente, que la cultura neolítica introdujo en todas las esferas, no habría aparecido la cooperación social más compleja que se desarrolló con la ciudad. Este avance surgió en la aldea, conformada como una asociación permanente de familias y vecinos, con sus animales domesticados y silos, en un suelo ancestral (L. Munford, 35).

Son numerosos los símbolos y estructuras que más tarde van a aparecer en las ciudades que ya estaban presentes en esta aldea agrícola. Incluso la muralla —uno de los distintivos más prominentes de la ciudad antigua— se encontraba en la aldea como empalizada. Con estos avances, se introduce la regularización de la vida cotidiana, que cumple una función fundamental en la domesticación de las gentes. Sin el antecedente aldeano la comunidad urbana más vasta habría carecido de una base fundamental para la reproducción de la organización social. Podemos resumir el aporte de la aldea como la asociación simbólica de gentes, animales y plantas, además de la creación del orden y la estabilidad que son básicos para que surja la ciudad. Además, no carece de importancia que la asociación con los animales va a convertir los alrededores de las aldeas en una montaña de abono, particularmente importante para el mantenimiento de la agricultura; allí donde los excrementos animales y humanos fueron aprovechados, como en China, se lograron mayores excedentes alimentarios.

Con la aldea aparecen diversas tecnologías, de las cuales destacamos la de la conservación de alimentos. Con la presencia de la mujer y bajo su dirección y control, este período se caracterizó por ser el del desarrollo de los recipientes como las cisternas, los graneros, además de las casas muchas de sus técnicas de almacenaje están presentes hasta hoy. Con el almacenaje apareció la continuidad, y el guardar semilla para el año siguiente se convirtió en un gran proceso de pedagogía hacia la acumulación de capital. Es mucho lo que la ciudad le debe técnicamente a la aldea: el banco, el arsenal, la bi-

biblioteca, el almacén. Además de la acequia, el canal, el estanque, el foso, el acueducto, el desagüe y la cloaca, que son otros recipientes destinados al transporte automático o a la conservación. Sin este amplio margen de invenciones, la ciudad antigua no habría podido adquirir la forma que alcanzó: la ciudad es un recipiente de recipientes. Se trató de un proceso integral: domesticación de las plantas, animales, gentes y paisaje natural, con un ingrediente de rutinización, que entre más continua se hacía, más conservadora se volvía. Así como la ciudad le debe la técnica a la aldea, también, las formas de gobierno tuvieron su origen allí, puesto que la estructura embrionaria ya se encontraba en la aldea; la casa, el altar, la cisterna, la vía pública y el ágora se configuraron inicialmente en la aldea (L. Mumford, 45).

Las primeras transformaciones urbanas

El cambio de aldea a ciudad no solamente fue un cambio de escala, pues antes que esto exigió un alejamiento de la búsqueda exclusiva de la nutrición y reproducción. Fue el buscar un objetivo más allá de la supervivencia, el motivo fundamental de la transformación; con ello, aparecieron potencialidades que antes no se veían. Para lograrlo se necesitó que los antiguos elementos de la aldea fueran conservados e incorporados en una estructura más compleja a la nueva unidad urbana.

Con esta nueva unidad urbana se logró una mayor especialización en el mundo del trabajo y con ello, nuevas gentes ingresaron a la ciudad: el minero, el ingeniero y otros profesionales: el militar, el banquero, el sacerdote. Esta nueva mezcla urbana dio lugar a una enorme expansión de las capacidades humanas, pues la ciudad — desde su nacimiento hace unos cinco mil años — efectuó la movilización de la mano de obra, el control de los transportes con largos recorridos, la intensificación de la comunicación, el remonte de la invención, y la activación de la productividad agrícola. Además de estos cambios materiales, también hubo transformaciones en los inconscientes colectivos. Los dioses familiares y locales fueron reemplazados por otros dioses más distantes, cambio que permitió el surgimiento de los intermediarios religiosos con las nuevas

divinidades. El jefe local se convirtió en el rey y guardián sacerdotal del altar, con atributos divinos. De una cierta horizontalidad social de la aldea, se pasa a la verticalidad ciudadana, bajo la vigilancia de funcionarios, civiles o militares, gobernadores, cobradores de impuestos, toda una estructura administrativa que responde ante el rey.

Así la arcaica cultura aldeana cedió ante la "civilización" urbana: creatividad y control, expresión y represión, tensión y descarga. De esta manera la ciudad se va configurando como una estructura equipada especialmente para almacenar y transmitir los bienes de la civilización. La invención de formas como el registro escrito, la biblioteca, el archivo, la escuela y la universidad conforman los primeros y más característicos logros de la ciudad. El conjunto de estos atributos caracteriza la revolución urbana.

Con el surgimiento de las ciudades se logró que muchas funciones hasta entonces diseminadas y desorganizadas fueron reunidas dentro de una superficie limitada y se mantuvo a las partes integrantes de la ciudad en un estado de tensión dinámica e interacción. Demostró ser un medio para expresar la exaltación del poder sagrado y secular y se convierte en un símbolo de lo posible. Este elemento dinámico de la ciudad no procedió de la aldea. Hay que tener presente que la religión reclamó primacía frente a la técnica o la política. Estas etapas formativas llevan miles de años. Los avances técnicos y los primeros vestigios urbanos más antiguos, que hoy se conocen, tienen unos cinco mil años, lo cual coincide con la expansión tecnológica del poder humano.

Con la construcción de la ciudad las gentes y la naturaleza se encontraron en una nueva unidad, la cual, en cierta medida, estaba en relación con la institucionalización de la guerra, puesto que la ciudad primitiva, con funciones casi militares, también era un lugar de depósito donde el que controlaba el excedente agrícola anual ejercía poderes de vida y muerte sobre sus vecinos. Además, la religión desempeñaba un papel fundamental en la realización de este cambio. Sin la ayuda de la casta sacerdotal, el jefe no podía lograr amplios poderes. Sin embargo, ni la fuerza bruta ni el ritual lograron por sí solos la dominación que significó la vida urbana. En realidad, la ciudad trastrocó el universo campesino y situó las ba-

ses de la nueva simbología en los cielos proceso que sucedió en algún momento, cuando los santuarios se trasladaron a las ciudades. Fue, entonces, cuando se presentó una alianza entre los órganos políticos, económicos y religiosos. El poder real reclamó y recibió una sanción sobrenatural: el rey se convirtió en un mediador entre el cielo y la tierra, encarnando en su propia persona la vida y el ser. Es probable que la fusión del poder secular y el sagrado explica la explosión de energía humana que se da en la ciudad. Probablemente esto se dio con la construcción del templo, donde se selló esta unión. (Chueca Goitía, 33).

En la época en que esta alianza entre lo político económico y religioso se gestaba, las distinciones en las estructuras de dominación no eran definidas. Aún falta tiempo antes de que se consolide la monarquía. En un comienzo de la vida urbana, el médico, brujo, mago, profeta, astrónomo, y sacerdote, todos eran el mismo funcionario, pero en algún momento se sucede la elevación del monarca y el sacerdote, y es, entonces, cuando el poder real recibió sanción sobrenatural. Para algunos estudiosos del fenómeno urbano, es esta fusión del poder secular y el sagrado la que produjo la explosión de energía humana que se logra en el espacio urbano. La ciudad se aleja de esa comunidad de familias que viven mediante la ayuda mutua y con ello surgió la casta de sacerdotes, y los intelectuales: escribas, médicos, magos, adivinadores. El poder central se encargó de cooptar estos nuevos actores urbanos por medio de sobornos, representados en seguridad, vivienda, ocio y seguridad económica. La erección del gran templo, símbolo arquitectónico, selló esta unión. El jefe local se consolida con el poder sagrado y secular (L. Munford, 44).

El desarrollo de la monarquía va acompañado del ejercicio del poder físico, y va apareciendo el control organizado, a través del poder soberano que ejerce las atribuciones de incautar, matar, destruir. De esta manera, apareció la sistematización de la guerra, condición indispensable para la consolidación de la ciudad. Por ello, es que el manejo de la agresión dejó una huella inconfundible en la estructura de la ciudad, tanto en su morfología como en sus estructuras sociales. Para movilizar las nuevas fuerzas y ponerlas bajo su control, el rey se atribuía extraordinarios poderes sagrados puesto que encar-

naba a la comunidad y tenía su destino en sus manos. Así la ciudad se convirtió en el centro de la agresión organizada, y en cierta medida se constituyó con su incremento colectivo de poder. Del sacrificio ritual destinado a asegurar la fertilidad, se evoluciona —si así se puede llamar— al exterminio y la destrucción en masa. La institución urbana de la guerra, con el desarrollo de la mecánica, se vuelve una pesadilla, puesto que la guerra pasó a ser una de las razones de existencia de la ciudad, y de esta manera las ciudades, que en un comienzo extraían tributos de las poblaciones más primitivas, aprendieron a saquearse mutuamente y con ello lograron ampliar sus esferas de acumulación de capital y sus circuitos comerciales.

La consolidación de estas características va marcando la configuración de una dicotomía que acompaña a la ciudad, como es la coexistencia de una máxima protección, con la institucionalización de la agresión. Amplia libertad y sistema drástico de compulsión y control. Despotismo terrenal y espacios divinos, los cuales están consignados en el espacio urbano con la réplica del cielo, del poder cósmico en las instituciones, junto con el castillo. La ley y el orden surgen como testimonio de los costos de la capacidad socializadora de la ciudad. Desde las primeras ciudades, cuando se da la alta concentración de la gente en el espacio urbano, el rey procura incrementar su distancia de la gente: aislamiento y diferenciación, y con ello, va apareciendo un rasgo de la nueva cultura urbana. Así mismo, apareció el centralismo; la ciudad aparece como un recinto sagrado bajo la protección de un dios: la ciudad es el hogar de un poderoso dios, y los símbolos arquitectónicos y escultóricos hacen visible este hecho. Esto le da propósito y significado a la aglomeración que realiza una comunión alrededor de este dios. Sin las potencias religiosas de la ciudad el muro no podría haber modelado y controlado la aglomeración, y se habría reducido a ser prisión. La ley y el orden sirven de complemento a la fuerza bruta. Así, vivir en una ciudad era formar parte de un cosmos gracias a la identificación espiritual. Posteriormente, a medida que la sociedad se seculariza, por el comercio y la industria, el papel de sede de la ley y la justicia, de la razón y de la equidad, complementó el que desempeñaba como representación religiosa del cosmos. Así, una de las primeras funciones

simbólicas de la ciudad es la de unir el cielo con la tierra, y en ello el templo va a cumplir un papel emblemático central. (L. Mumford, 40)

Antes de llegar la secularización, en razón de la angustia y la agresión, la ciudad amurallada reemplazó la imagen de ruralidad, pensada como la edad de oro perdida. A medida que las actividades de la ciudad se hacían más racionales y benignas en su interior, paradójicamente se tornaban más irracionales y malignas en el exterior. Platón señaló que cada ciudad estaba en estado natural de guerra con las demás. Además, casi desde su primer momento de existencia, la ciudad, a pesar de su apariencia de protección y seguridad, se acompañaba de la previsión de un asalto desde afuera y de la rebelión interna. Fue, entonces, cuando se inició la expansión, puesto que se perdieron los límites del culto del poder y aparecieron la rapiña y la esclavización en gran escala. Se trata de la consolidación del ciclo de expansión indefinida de ciudad a imperio. A medida que la población de la ciudad aumentaba, se hacía necesario extender la superficie inmediata de producción de alimentos y extender las líneas de abastecimiento, por trueque, comercio o asalto. Surge, entonces, la paradoja de que la civilización urbana generó hábitos belicosos que anulaban el carácter civilizado del hecho urbano. La simbiosis urbana positiva fue reiteradamente desplazada por una simbiosis negativa, igualmente compleja. Pero, ninguna ciudad podía lograr su expansión a menos que arruinara y destruyera otras ciudades. La ciudad se vuelve recipiente de fuerzas destructoras orientadas hacia el exterminio.

En la larga duración se encuentra que la ciudad surge como el espacio sagrado, evoluciona luego, al espacio de la igualdad política, pero, también, conserva su carácter de ser el espacio de la muerte. Y en cierta medida, el resultado de todo esto, tanto en los aspectos positivos como en los negativos, la ciudad antigua ha transmitido todas las estructuras urbanas posteriores; elementos de lo positivo y de lo negativo, de la vida y la muerte. Llama la atención que la ciudad antigua se vuelve un espacio de ritualización de la muerte, mientras que la ciudad moderna se convierte en el espacio donde se desritualiza la muerte.

Sin embargo, hay que destacar que en la actualidad las dimensiones físicas y el alcance humano de la ciudad han cambiado, y la mayor parte de las funciones y estructuras internas de la ciudad tuvieron que ser transformadas para promover eficazmente los objetivos más vastos que es necesario lograr: la unificación de la vida interior de las gentes, así como la paulatina unificación de la humanidad misma. El papel activo de la ciudad, en el futuro, será el de llevar al grado máximo de desarrollo la diversidad y la individualidad de las regiones, culturas y personalidades. Se trata de objetivos complementarios, y su alternativa es la actual destrucción mecánica del paisaje y de la personalidad humana. Sin la ciudad, las gentes modernas carecerían de defensas eficaces frente a esos colectivos factores mecánicos que, incluso ahora, están listos para hacer superflua toda vida auténticamente humana, excepto en el caso del desempeño de unas pocas funciones subordinadas que la máquina no domina todavía.

En nuestra época, los procesos crecientemente automáticos de producción y expansión urbana desalojan a las metas humanas a cuyo servicio debían estar. La principal función de la ciudad es convertir el poder en forma, la energía en cultura, la materia inerte en símbolos vivos del arte, la reproducción biológica en creatividad social. Las funciones positivas de la ciudad no pueden desempeñarse sin establecer nuevas disposiciones institucionales que sean capaces de manipular las vastas energías con que ahora cuenta el hombre. Todo esto se logra gracias al manejo de los inconscientes colectivos, condición indispensable para realizar las grandes obras que exigían miles de trabajadores, tales como las murallas, las obras hidráulicas, los templos y los monumentos funerarios.

Pero, es fundamentalmente importante destacar la idea de los cambios recientes, es decir, de los últimos cien años, como es la decadencia de las fuerzas negativas: el triunfo de la vida y la muerte, que es un cambio que en mayor o menor medida acompaña a la ciudad moderna. En primer lugar, la ciudad se va convirtiendo, cada vez más, en un espacio de la igualdad, puesto que la monarquía de derecho divino va desapareciendo, las funciones políticas que antes ejercían el palacio y el templo con la ayuda coercitiva de la burocracia

cia y el ejército, fueron asumidas —desde el siglo XIX en algunos casos, en otros en el siglo XX— por una multitud de organizaciones, corporaciones, partidos, asociaciones y comités. La esclavitud, el trabajo forzado, la expropiación legalizada y el monopolio clasista del conocimiento han cedido ante los embates de la mano de obra libre, la seguridad social, la alfabetización, la instrucción gratuita, el ocio. La frontera del corazón de las tinieblas ha cedido al espacio de la vida, y la ciudad no tiene que ser leal a la pesadilla de su propia elección, como era la presencia omnipotente de lo urbano como el espacio de la muerte (J. Conrad, 70).

2. CIUDAD Y TERRITORIO

Ciudad sin territorio no es posible, este es un elemento fundamental que acompaña a la ciudad en toda su historia. Las ciudades en la historia urbana son vistas como transformadores eléctricos; es una figura que utiliza Fernand Braudel, porque aumentan las tensiones, activan los intercambios, unen y entremezclan las gentes. La ciudad es un resultado de la más antigua división del trabajo: tierras de labor y actividades urbanas, la oposición surge desde temprano y de esta oposición nacen las ciudades, igual que las oposiciones entre Caín y Abel, el bien y el mal entre Rómulo y Remo, entre lo sagrado y lo profano. La ciudad es censura, ruptura, pero también es destino del mundo. La ciudad es portadora de la escritura, abre las puertas a la historia. Cuando la ciudad renace en Europa, siglo XI, comienza la ascensión. Cuando florece en Italia, surge el renacimiento. Así ha ocurrido desde la *polis* griega. Todos los grandes momentos del crecimiento se expresan en crecimiento urbano, en explosiones urbanas, en sofisticación urbana. (F. Braudel, 330)

La ciudad en sí misma, esté donde esté, de los últimos cinco mil años hasta ahora, implica cierto número de realidades y de procesos, con evidentes regularidades. Ciudad es división del trabajo. Ciudad es mercado. No hay ciudad sin mercado y no hay mercados regionales o nacionales sin ciudades. Tampoco hay ciudades sin combinar el poder coercitivo y protector a la vez. No hay apertura al mundo, no hay intercambios lejanos sin ciudades. Y además, una idea de mucha importancia es comprender que una ciudad siempre

es una ciudad esté donde esté. Se trata de un fenómeno universal. Al margen del tiempo y del espacio, una ciudad es siempre una ciudad. No se trata de una igualdad absoluta y mucho menos de la igualdad, pero por encima de las diversidades superficiales están las homogeneidades en varios aspectos, como por ejemplo, el diálogo ininterrumpido con el campo, la relación entre ciudad y territorio permanente, el abasto de las gentes, la actitud de distinguirse, ser centro de redes de comunicación y articulación con las demás ciudades. Por eso, hay una característica de la ciudad, como es la de siempre estar acompañada de más ciudades, redes urbanas jerarquizadas, donde unas ciudades funcionan como primadas, otras como subalternas, unas siervas, otras esclavas pero siempre hay jerarquías urbanas y siempre hay redes de ciudades, independiente del tiempo y el espacio. (F. Braudel, 340).

¿Qué es una ciudad? Varias definiciones nos pueden ayudar a comprender este fenómeno. En primer lugar, se trata de una concentración inhabitual de gentes; una serie de casas próximas, puesto que la ciudad es una anomalía del poblamiento, aunque no siempre llena de gentes, es decir, no siempre los pueblos rebosantes se convierten en ciudades. En otros términos, no sólo es una cuestión de número, y por lo tanto, la ciudad como tal no existe más que por contraste con una vida inferior a la suya. Esta regla no admite excepciones. No hay ciudad —por pequeña que sea— que no imponga a su mundo rural anexo, las comodidades de su mercado, de los servicios religiosos, mercantiles, financieros, así sea para personas o para instituciones.

Además de estas características, un requisito para ser ciudad, es el de dominar un espacio. Crear un territorio, explotarlo, exprimirlo a favor de la ciudad. Por pequeño que sea, un núcleo urbano cumple con esta característica y para ello, la ciudad crea símbolos, inventa tradiciones y establece ritos para legitimar su dominio y es algo permanente que se ve desde la antigua Grecia hasta ciudades con el carácter de metrópoli subregional como Manizales; desde Roma imperial, hasta las ciudades de la costa caribe. En cualquier lugar, en cualquier momento de la historia la ciudad busca generar discursos de legitimidad para convertir los actos de dominación en

actos legales y para legalizar por medio de instituciones la explotación de un territorio que se da de hecho. (F. Zambrano, 20)

Para ser ciudad, otra condición es la necesidad de disponer de un límite mínimo, un perímetro que sea evidente, indiscutible, que señale el comienzo de la vida urbana y establezca diferencias con el entorno rural. Sobre esto no existen acuerdos definidos de manera clara. Se puede señalar que cada sociedad establece de manera específica su propio umbral, pero así como cada sociedad realiza su ejercicio, las diferencias entre las distintas disciplinas que tiene la ciudad como su objeto ayudan a confundir la definición de los límites. Así, para la arquitectura, la ciudad significa un conjunto de atributos diferentes de aquellos que les son propios para la sociología, así como para la historia urbana es otra; algo similar sucede con la economía. De esta manera, igual que los umbrales en las distintas sociedades no son los mismos, en las diferentes disciplinas tampoco; es interesante porque es como la Torre de Babel que se construyó y contribuye a perturbar el conocimiento del fenómeno urbano.

En el caso de la historia urbana, esta especialidad viene ampliando sus límites analíticos, para estudiar los fenómenos que se presentan a diferentes niveles, como es el caso de las relaciones que se presentan en los umbrales que existen entre las pequeñas ciudades y sus entornos, los campos cercanos, los cuales son impregnados de conciencia ciudadana, al tiempo que estos pequeños centros son devorados y sometidos por aglomeraciones más grandes y más activas. Desde la Ciudad Sol, las ciudades siempre forman jerarquías, pero estudiar la jerarquía no resume todo. Lo importante sería evaluar la masa total de los sistemas urbanos, lo que llaman algunos historiadores el peso global: comparar el todo de la población rural con la población urbana. Pero, como cada sociedad define su umbral, encontramos cómo en Inglaterra —en algún momento en el año 1500— el 10% de su población era considerada como urbana y el 90% como rural. Pero al mismo tiempo, en otras naciones los límites son completamente distintos. El problema esencial sigue siendo el mismo que había desde un principio; una ciudad es el resultado de la división del trabajo entre la ciudad y el campo, nunca perfectamente definida, y por lo tanto en perpetua modificación el umbral, porque el reparto de funciones está en movimiento constante, pero no siem-

pre esta tensión se resuelve en favor del campo; unas veces la ciudad nace antes que su entorno rural. Campo y ciudad obedecen a esta reciprocidad de perspectivas que anota Fernand Braudel. Yo te creo, tú me creas. Yo te domino, tú me dominas. Yo te exploto, tú me explotas y esa es la relación entre el campo y la ciudad, pero los términos se pueden invertir: las ciudades urbanizan el campo, pero estos pueden ruralizar la ciudad. Insistimos en que la frontera no es definida, y los dos fenómenos coexisten en permanente separación y acercamiento, entre la división y la unión. Además, hasta hace poco tiempo toda ciudad tenía que alimentarse a sí misma, condición que ahora no es indispensable. Si las ciudades no habían abandonado el campo, éste tampoco a las ciudades.

Además, hay algo que debemos tener en cuenta en la relación del campo con la ciudad. No es solamente el abasto —de alimentos, de materia primas, de mercado— el que se da del entorno rural al núcleo urbano. Si bien este abasto es indispensable, no es el único. Hay un elemento que es fundamental y que normalmente no lo vemos: las gentes. La historia de la ciudad, también, es una historia de *Los miserables*, para emplear este término utilizado por la literatura francesa del siglo XIX. La ciudad dejaría de vivir, si no tuviese asegurado el suministro de gente de reposición. ¿Por qué? Porque la ciudad fundamentalmente es el espacio de la muerte; la gente viene a la ciudad a morir. Para comprender mejor esto, es necesario comprender de qué momento histórico se habla. Esta condición se da hasta las primeras décadas del siglo XX en el caso nuestro, en el siglo XIX en el caso europeo, y por supuesto que esto ha variado, pues cada vez se muere menos gente en la ciudad. Pero, a pesar de esta condición histórica, la ciudad siempre ha atraído, y lo ha hecho gracias a las libertades que ofrece, sean estas reales o aparentes. Pero, olvidémonos que la ciudad solamente acoge a los *miserables*, a los indigentes, a los pobres o como creemos aquí que Bogotá solo atrae a los campesinos. No, la ciudad también atrae la opulencia y todos los capitales acumulados en los lentos ritmos agrarios, que son acumulados en la ciudad. No solamente *miserables* y campesinos vienen a la ciudad; también los ricos y la ciudad se convierte en el polo de atracción donde se muestra la opulencia.

Durante toda la historia de la ciudad, en el caso europeo hasta el siglo XIX y el caso colombiano hasta 1924 —al menos esta fecha corresponde en la historia de Bogotá, al momento en que cambian las estadísticas vitales— es muy claro que los nacimientos no superan las defunciones en las ciudades, pero las ciudades siempre crecen. Las ciudades siempre están creciendo a costa de los migrantes, esos migrantes que las ciudades desprecian, esos migrantes a cuya presencia siempre la ciudad atribuye todos sus males pero sin los cuales la ciudad no crecería, colapsaría y lean ustedes el caso de Bogotá: es muy claro que sin migrantes, sin boyacenses, Bogotá no existiría como una gran ciudad.

Toda ciudad quiere ser un mundo aparte. Toda ciudad quiere ser singular. Todo el mundo quiere ser singular. Todo el mundo quiere tener atributos que son únicos en el universo. Entre el siglo XV y XVIII casi todas las ciudades europeas estuvieron amuralladas, escudadas en una geometría delimitadora y distintiva. Cuestión de seguridad, pero también, de vigilancia de sus ciudadanos: defender a los de afuera pero controlar a los de adentro. La muralla era una línea de demarcación económica y social. Las otras crecían sin ningún orden y con trazado complicado. El renacimiento marcó el despertar del urbanismo consciente: planos en damero o en círculo concéntrico, distintos modelos, pero siempre conservando una idea de urbanismo. Esta racionalidad fue más evidente en las ciudades nuevas, donde los constructores tenían el campo libre: las ciudades en damero caso China, Corea, Japón, India peninsular y América española. Sólo dos civilizaciones construyeron a gran escala ciudades intrincadas e irregulares: el Islam y el Occidente medieval. (F. Braudel, 370)

Toda ciudad está 'georeferenciada' como dicen los geógrafos. Toda ciudad nace en un lugar determinado, el cual adopta y no abandona salvo en unos casos. Las ventajas de localización son indispensables para la prosperidad de las ciudades. En la geografía, la velocidad o lentitud de los transportes de la época, explican muchas ciudades. En el siglo XV, Alemania tenía tres mil ciudades o lo que ellos consideraban como ciudad, todas a cuatro o cinco horas de camino, distancias regulares, aprovisionamiento de transporte. Es el

movimiento dentro y fuera de sus muros lo que caracteriza una auténtica ciudad. Los mercados urbanos hacen tangibles en todas partes esta función de movimiento. Toda ciudad necesita estar enraizada y nutrida por la tierra en las gentes que la rodean. Todas las ciudades en el mundo tienen sus suburbios, los cuales son manifestaciones de su vigor así se trate de arrabales. Y toda ciudad se explica por su territorio. Toda ciudad se entiende si se entiende su territorio.

En occidente, más que en otros lugares, las ciudades alcanzaron una importancia como en ningún otro sitio, y con ello, configuraron la grandeza del Antiguo Continente. Sus ciudades están bajo el signo de una libertad sin igual, porque se desarrollan como universos autónomos y siguen su propia dinámica, burlan el Estado territorial, el cual es lento en instaurarse. Ellas dominan sus campos y tienen una política económica propia. Hay que tener presente que en occidente, capitalismo y ciudades son una misma cosa. ¿Cómo clasificar las ciudades, cómo entender estas ciudades de occidente? Hay distintos tipos de ciudades: hay ciudades cuya característica fundamental es política y ahí se distinguen las capitalistas, las fortalezas, las administrativas. Hay rasgos económicos que definen la ciudad como puertos, ciudades caravaneras, ciudades mercantiles, ciudades industriales, centros financieros. Hay características sociales que generan una categorización de ciudad y las hay rentistas, episcopales, de iglesia, cortesanas, artesanales. Este ejercicio de clasificación, de hacer taxonomía de las ciudades es algo que todas las disciplinas se preocupan por definir. Al menos tres tipos de ciudades se pueden distinguir en occidente. Las ciudades abiertas, las que no se distinguen de su entorno rural e incluso se confunden con él; aquellas ciudades donde los límites entre lo urbano y lo rural, entre lo capitalino y lo ciudadano, entre lo ciudadano y lo campesino no es muy claro. Hay otro tipo de ciudad, la ciudad replegada en sí misma, cerrada; ciudades donde la frontera con el campo, con su entorno rural es muy marcado. O la ciudades Estado, las ciudades bajo tutela de un príncipe de un Estado, es otra forma de clasificar ciudades. (F. Braudel, 370).

¿Qué es una ciudad? Además de las características ya mencionadas, una ciudad es un recipiente de experiencias sociales, una ciu-

dad es un continente lleno de memoria social, la ciudad es como una piel que va registrando las diferentes formas como se presentan los acontecimientos históricos. Y esa piel queda consignada en el mapa. El mapa es un documento donde los habitantes de la ciudad han escrito y uno puede caminar sobre este documento; esa es una de las maravillas de la ciudad, pues uno transita por el documento. Y en él se puede leer lo que cada sociedad piensa de sí misma, y los diferentes proyectos sociales quedan recogidos en el mapa. ¿Acaso no es una declaración de principios el *Park-way*, una vía transversal que rompía con la cuadrícula española, porque hay una sociedad que piensa introducir un nuevo paradigma urbano, una vía parque de sentido transversal. Y uno sigue caminando y pasa por otra ciudad, otro proyecto urbano que es el barrio Teusaquillo, otro proyecto social, que en los mapas de Bogotá de 1936 aparece anunciado como una nueva ciudad. Y lo es, porque introduce una nueva simbología con nuevo trazado y ustedes siguen caminando y entran al centro histórico; allí hay otro proyecto de ciudad, la ciudad en damero, la propuesta del orden soñado por España.

La definición del objeto de estudio, es decir, la ciudad entendida como la parte superior de un sistema: un sistema urbano, un sistema social, un sistema político, es fundamental. Si uno estuviese ubicado en 1690 en Francia y consultara un diccionario de entonces, la definición sería muy clara: una ciudad no puede tener derecho a ese título si no está amurallada. Ésta las convierte en un universo aparte, distinto a las tierras del exterior. La muralla es el signo de su independencia, la prueba de su identidad, la constatación de su existencia. Por supuesto con esto se debería resolver el problema, consultando el diccionario. Pero, en el siglo XVII uno encuentra núcleos urbanos que eran ciudades y no estaban amuralladas. Igualmente, uno encuentra en ese momento en Francia, núcleos urbanos amurallados que no eran ciudades, y esas dificultades definitorias se tienen permanentemente.

Entonces, ¿qué es una ciudad? Más que sus murallas o la cifra de su población, el carácter más evidente de una ciudad es la forma en que ella concentra sus actividades en superficies muy restringidas donde amontona a las gentes, las obliga a circular en callejuelas o en calles

laterales, oblicuas, transversales o rectilíneas, algunas, en donde penetran carruajes, otras, en donde éstos no pueden circular, los obliga a construir casas hacia lo alto, hacia los lados. Eso es una ciudad. Fundamentalmente, ciudad es dominación y es lo que importa para definirla, para evaluarla en su capacidad de mando en ella y en el territorio que la circunda. Toda ciudad perteneciente a la categoría francamente urbana deberá tener alrededor y en dirección suya una corona de centros urbanos que la soportan, cada uno de los cuales la relaciona de rebote con minúsculos universos de aldeas. (F. Braudel, 365)

Cada ciudad posee un entorno agrario que la alimenta y de cuya producción depende para proveerse de productos perecederos en una especie de aureola difusa en el espacio. Las ciudades influyen en estos espacios determinando la evolución de sus actividades, pero son aureolas, coronas que testimonien el primer dominio espacial de una serie de varias coronas sucesivas de donde reciben alimentos perecederos: granos, carnes, dulces, productos forestales y gentes. Se trata de una serie de círculos sucesivos de mercados rurales, como también urbanos, como una especie de archipiélagos urbanos y rurales. El dominio de su territorio es lo que en buena parte explica el éxito de una ciudad. La dominación que ejerce la ciudad sobre esta serie de coronas, aureolas o archipiélagos no sólo es económica, es fundamentalmente política y en lo político léase también religioso y cultural. Al menos en Europa hasta el siglo XVIII y en Bogotá hasta comienzos del siglo XX, esa capacidad de dominio significa controlar un espacio del cual puede extraer el principal componente de la ciudad: las gentes. Sin la contribución de sangres nuevas, sin el control de un espacio para extraer gentes, las ciudades habrían decaído y serían incapaces de compensar por sí mismas los decesos con los siempre escasos nacimientos, condición que cambia muy recientemente. Todas las ciudades —al menos en Europa hasta el siglo XVIII y en Colombia hasta bien entrado el siglo XX— son fundamentalmente morideros.

Los mapas en los que se estudian las zonas de influencia de la ciudad —que algunos llaman el *hinter-land* y en español se denomina el territorio—, registran los variados niveles que implica esta relación. Así, unos muestran el intercambio físico de productos, otros el intercambio de productos culturales, y por ello, es importante

para comprender la ciudad entender los flujos visibles y los invisibles; esos lazos invisibles, esos intercambios culturales son fundamentales para entender una ciudad, pues sin los flujos invisibles, sin las infraestructuras invisibles no podemos entender esta formación de la ciudad. Y estas relaciones entre la ciudad y su entorno son uno de los puntos cruciales en la historiografía de las últimas décadas, en estas discusiones sobre ciudad y —por supuesto— no sólo en esta disciplina de la historia sino especialmente en el campo de los geógrafos, economistas y sociólogos que trabajan sobre la ciudad. Todo esto permite entender con mayor claridad la línea de fractura o de confluencia entre lo urbano rural; frontera compleja de dos valores enfrentados: el mundo urbano y el mundo campesino.

3. LA CIUDAD Y LA REPRESENTACIÓN DEL PODER

Qué es una ciudad, qué es lo que cada disciplina entiende como ciudad, es algo que es interesante observar. Aristóteles, en el siglo IV a.C., reclamaba la salubridad, una buena posición estratégica y una adaptación correcta a las necesidades de la vida pública, como las condiciones para que algo se llamara ciudad. Pausanias en el siglo II antes de nuestra era decía que no podían ser ciudades aquellas aglomeraciones carentes de edificios administrativos, gimnasios, teatros, plazas públicas, fuentes con agua corriente. Para él, lo que carecía de estos atributos de infraestructura no era ciudad. Lo común, en uno y en otro, es la convicción de la vida urbana como el único modo posible de vida civilizada y la correspondencia de la ciudad con el estado de barbarie. Esto está asociado al hecho de que siempre los objetos culturales más sólidos y todas las expresiones de la ideología dominante se han construido en la ciudad y esta es una idea que permea fuertemente a los historiadores de los temas urbanos quienes se mueven en el dilema civilización-barbarie. Sin embargo, la crisis de la idea de progreso que disfrutamos actualmente le permite al historiador poner distancia con este paradigma.

Volvamos otra vez a la pregunta qué es una ciudad. Normalmente uno encuentra dos criterios: ciudad es aquel lugar donde más se produce, donde el valor agregado es mayor que el que se genera en el campo, ésa es una ciudad. Así se llega a afirmar que ciudad

sólo hay en Colombia en el siglo xx, cuando viven más habitantes allí que en el campo, y volvemos otra vez al problema de los umbrales. Otra línea de frontera que define o que plantea una frontera entre lo urbano y lo no-urbano es el problema del comercio, sin embargo, desde el punto de vista de la historia urbana, ciudad es un hecho político antes que económico o demográfico.

Como lo afirma George Duby, a lo largo de toda su historia, la ciudad no se caracteriza por el número de sus habitantes, ni por las actividades de las gentes que allí residen, pero sí por sus rasgos particulares de estatus jurídico, de sociabilidad y de cultura. Estos rasgos se derivan del rol primordial que desempeña el órgano urbano. Este rol no es económico sino político. La ciudad se diferencia del medio que la circunda, y en éste ella es el punto de residencia del poder. El Estado crea la ciudad. Sobre la ciudad el Estado toma lugar. (G. Duby, 13)

Polis; la etimología no se equivoca y la ciudad se distingue del medio que la circunda en lo que ella es en el paisaje: el punto de enraizamiento del poder el Estado. Esta propuesta analítica que implica un distanciamiento de qué es ciudad, vista desde la sociología, de la economía, inclusive el urbanismo, se refuerza con la categorización, desde la historia urbana, hace que, la naturaleza específica de la ciudad sea de orden político y que ésta es su función especial y permanente y se pone en evidencia cuando uno analiza el fenómeno urbano romano. *Civitas*,—palabra que los conquistadores romanos impusieron en su lenguaje a estas regiones cuando las subyugaron— designaba a la vez el territorio ocupado por un pueblo y el área particular que formaba el núcleo de esta célula; instrumento de regulación, la ciudad, desde que se disipara en la tinieblas de la protohistoria aparece en esencia como capital, central, ella es el centro, el eje de un sistema de soberanía, y por ello, la capacidad de regir y asegurar el orden general se condensa en este punto focal. La ciudad es, entonces, indisociable de las extensiones rústicas que la rodean y que ella tiene vocación de organizar. Función política: ese es el papel de una ciudad. Esta condición obliga a que la disposición del espacio urbano tenga una función representativa del orden, y la idea de orden se convierte en una necesidad primordial en

la ciudad. Es por ello que, en distintas ceremonias públicas cada habitante de la ciudad ocupa posiciones de acuerdo con su rango; por ello es que la ciudad se ordena como un gran teatro, donde la obra que se representa es el poder, lo cual exige que el espacio urbano se disponga según las necesidades de la teatralidad. Las normas del urbanismo están asociadas a las funciones de gobernar y uno de los principales instrumentos de gobierno es el manejo de las formas urbanas. Por ello es que el urbanismo se convierte en un instrumento del poder.

Eso es lo que se puede ver en el estudio de la fiesta barroca en América que se convierte en una práctica del poder, una mezcla de lo divino y lo humano en plena funcionalidad con el discurso de la fidelidad al rey, e inclusive cuando por un corto lapso de tiempo, durante el carnaval, cuando durante tres o cinco días se permite que se vuelva el mundo al revés, cuando los hombres vestidos de mujeres y las mujeres de hombres, ellos con abanicos y ellas con pistolas, ellos con ruecas de hilar y ellas con espadas, representan que el mundo está al revés, pero son tres cortos días —no más— cuando se permite que el mundo que reina sea el del desorden, el resto del tiempo se utiliza para representar el poder, la opulencia, y la ciudad se utiliza como una gran escenografía, opulenta y sofisticada, donde el llamado, el teatro del mundo, aprovecha los diferentes espacios urbanos ofrecidos por la ciudad como escenarios abiertos, donde la propia morfología urbana ofrece espacios deliberadamente diseñados como parte del gran escenario del poder que es la ciudad. Algunos autores han visto la fiesta como una metáfora ceremonial del orden instituido por medio del cual se elabora el discurso con los conceptos de orden y subordinación social y como una metáfora que pone en evidencia esta disposición de la función urbana de ser teatro de representación del poder. Lo que llamamos discurso de la fidelidad no debe comprenderse como un bloque de tópicos uniformes, homogéneos, sino como un marco argumental que sirve de referencia para entender algunos de los principios que fundan la paz y el orden monárquico, y en este marco prestan atención de manera especial a la reflexión que hacen en torno a la idea de orden social y político y a la manera como se concibe que deben estar subor-

dinados los seres que habitan bajo este orden. La fiesta es una puesta en escena, donde inclusive lo lúdico es una forma de utilizar el teatro para representar el orden y para generar una pedagogía, un proceso de enseñanza del orden social en un orden urbano determinado por la metrópoli distante.

Este es el caso de la arquitectura utilizada en la plaza, que desempeña su función como una especie de telón de fondo para reafirmar el sentido de la jerarquía social y política; la plaza era el lugar privilegiado de significación del poder en la ciudad, y funcionaba como un gran teatro de representación del poder, donde los habitantes cumplían la función de ser parte de la tropa del teatro, donde representaban papeles determinados desde las autoridades políticas y religiosas. De allí la preocupación por construir las plazas mayores abiertas, sin obstáculos, para permitir la realización de los eventos festivos, y cerradas por los balcones donde las oligarquías locales se ubicaban en una posición de preeminencia a observar el espectáculo representado por el bajo pueblo.

Todas estas funciones políticas que desempeña la ciudad colonial, todas estas funciones sociales que tiene la ciudad, exigen una disposición urbanística según un plan regular; exigen una monumentalidad, una centralidad de la plaza y sus estructuras que representan la idea de orden en el caso hispanoamericano, lo cual queda consignado en la rectitud del trazado urbano, en la utilización del ángulo recto, definiendo la ciudad como un área regida por la razón, donde las energías de la naturaleza desbordantes se ven domesticadas, sofocadas en el caso del agua corriente, elemento que es domesticado frente a su "desorden" natural. La ciudad se diseña como una imagen del poder ordenador, y es la prueba que celebra la victoria de la cultura sobre la naturaleza; ella seduce por el despliegue que hace de la civilización, bajo sus formas culminantes. Se afirma que esta función simbólica de la ciudad es predominante dentro del resto de funciones.

En la metáfora y en los simbolismos, es claro que una de las funciones de la ciudad es acumular riquezas creadas en el campo y mostrarlas en las fiestas donde la ostentación es clave, pues es la representación del triunfo de la ciudad sobre el campo. La exhibición

de riquezas en los fastos permiten testimoniar las hegemonías sociales internas de la ciudad, pero también, la hegemonía de la ciudad sobre el campo y esto es lo que explica las distintas rivalidades en el esplendor festivo, que convierten la ciudad en un espacio de pedagogía del buen gusto, del triunfo de la civilización sobre la barbarie. Inclusive en las funciones religiosas la ciudad conforma otra red de poder: la sagrada. Por ello, es que en el mundo hispanoamericano no se encuentra a los sacerdotes viviendo en el campo; los sacerdotes son habitantes urbanos, porque el poder de la iglesia es fundamentalmente un poder urbano, y las redes de arzobispados, obispados, episcopados, todos estos poderes son urbanos, y quizá la primera red de poder que tuvimos fue esta red, la red urbana religiosa, en razón de que el poder de la iglesia era un poder urbano.

4. LA CIUDAD HISPANOAMERICANA

El urbanismo español en América es un caso de creatividad espacial, de una construcción social del espacio donde el instrumento fundamental de creación del espacio es la ciudad. La ciudad nace en la conquista, y no por un proceso de industrialización, ni como resultado de un proceso económico exportador o demográfico; las ciudades nacen por la necesidad de un proceso político y por ello, hay una preocupación muy clara desde la conquista de crear, a través de la ciudad, un espacio social donde se definan lugares específicos para el dominante y el dominado. La idea de la "república de blancos" (la ciudad) y "república de indios" (el campo) genera una primera jerarquización del espacio y por supuesto, de la sociedad. Con la aplicación de esta lógica, todo el sistema tiene sentido a partir de la vida urbana; así, vivir en policía es vivir en sociedad y vivir en sociedad es vivir a son de campana, al alcance del pasto espiritual de una parroquia, y quien no viva a son de campana vive en las puertas del infierno, se encuentra por fuera del pasto espiritual y es por eso que el ordenamiento de la sociedad se hace fundamentalmente a partir del manejo de lo urbano, el cual es el principal instrumento de dominación que se emplea para establecer una dominación del espacio, conformar territorios, estructurar el poder político y con ello estructurar la sociedad. La idea del orden soñado por España es la del orden urbano.

Igual que en el resto de Hispanoamérica, en el caso nuestro, España domina el espacio, domina las sociedades conquistadas con la creación de ciudades. Un nuevo núcleo urbano significa control de las tierras conquistadas, sujeciones de las gentes que las habitan. Desde la ciudad se organiza la explotación de las regiones conquistadas y se administran las unidades económicas; el poder fundamentalmente es un poder urbano muy distinto al del mundo portugués, al mundo lusitano en Brasil, donde el poder es esencialmente rural y las ciudades son proyecciones del mundo rural mientras que en el caso nuestro, las ciudades son los centros de poder, así como es una decisión política la definición de la jerarquía urbana, de cuál núcleo urbano es una ciudad y cuál no es una ciudad. Por ello es que se encuentra a los conquistadores con la preocupación permanente de legitimar la conquista, para lo cual hay que fundar una ciudad, que se convierte en el centro de ejercicio del poder; se va generando una jerarquización del poder a través de un complejo sistema de circunscripciones de ciudades, villas, parroquias, pueblos de indios, donde una dependía políticamente de la otra y la jerarquía piramidal de los distintos núcleos urbanos representa la jerarquía política entre los distintos poderes locales. En la idea de la construcción de un orden colonial, jerarquizar núcleos urbanos era jerarquizar a las gentes que allí habitaban.

La procedencia de la idea de ciudad utilizada por España viene fundamentalmente del interés muy claro de que la ciudad cuadrículada, represente el orden por medio del damero. Esta preocupación de los españoles no la utiliza España en su territorio, y si bien el modelo existe desde siglos antes en el mundo mediterráneo, es en América donde se aplica como parte de una estrategia política efectiva, crear ciudades ortogonales, cuadrículadas, como tableros de ajedrez donde el orden urbanístico tiene una función fundamental de sentido político. Además, se pueden establecer contrastes muy fuertes con el modelo inglés, así como con el modelo holandés, el alemán, como también, con el modelo lusitano, en donde las ciudades de estos imperios en América no utilizan este modelo de cuadrícula, en razón de utilizar otro modelo político para la explotación del territorio.

Si bien el trazado físico, el tablero de ajedrez español, tiene antecedentes medievales y alcanza su consolidación en el renacimiento, es muy claro que adquiere su esplendor en la ciudad hispanoamericana. Alguien dice que una ciudad hispanoamericana es una plaza mayor rodeada de calles y casas antes que un conjunto de casas y calles en torno a una plaza mayor. Desde el comienzo de la conquista, desde la colonia temprana del siglo XVI la primacía urbana no estaba definida por el esplendor urbanístico, por el tamaño, por la riqueza, sino por consideraciones políticas y es por eso que las ciudades puertos marítimos eran ciudades y los puertos fluviales eran villas que dependían jerárquicamente de esas ciudades; es por eso que todos los centros mineros son ciudades, pero todos los pueblos de indios son precisamente eso, pueblos y desde un principio es evidente esa preocupación española por definir la ciudad como el teatro de representación del poder.

Desde un principio las ciudades se estructuran como un escenario de representación del poder. En primer lugar, como ya lo señalamos, por las estructuras, por la forma, la ciudad muestra lo que se concibe como el orden. La ley de trazar a cordel y regla se convierte en una exigencia que todos los fundadores deben seguir, a riesgo de perder lo conquistado, pues fundar una ciudad es trazarla a cordel y regla para lograr la cuadrículada rectilínea, la forma reticular. Y si el orden urbano se dispone según una legislación muy precisa es porque se quiere representar el orden social. La plaza, punto generador de lo urbano, presidida por el campanario, símbolo del dominio de Dios sobre la tierra, que recoge el principio teocrático, el cual ordena políticamente esta sociedad. Todos ellos, emblemas y símbolos que cumplen un papel fundamental en las ideas de orden simbólico y están acompañados por la horca y el rollo de justicia, elementos que contribuyen a la construcción de los ritos urbanos que permiten generar una pedagogía del poder, donde el principal instrumento pedagógico es el trazado. En razón a los lazos políticos, económicos y sociales, gracias a las distintas redes de poder, donde lo religioso ocupa un puesto importante, se afianzan, se construyen las estructuras de dominación y explotación. Sin embargo, hay que tener presente que no se trata de colonias domi-

nadas por aparatos coercitivos del Estado colonial, sino a través de símbolos, emblemas, rituales, y estructuras de poder políticas.

Las ciudades hispanoamericanas, al igual que las del imperio Romano en la Europa occidental, estuvieron determinadas por una idea muy clara de representar la metrópoli distante que requiere la creación de ciudades a imagen y semejanza de ella, al menos a imagen y semejanza de lo que la metrópoli considera que es el orden. En ambos casos la relación territorial urbano-rural, urbanización y cultivo se hacen simultáneamente; en ambos casos el correspondiente rural del centro urbano es el latifundio controlado por un propietario de residencia urbana; estructura de explotación muy distinta al caso brasileiro donde el poder está en el campo y el poder del campo es mucho más fuerte que el de la ciudad.

Es desde las ciudades que se conquista y domina el territorio; es fundando ciudades como la conquista del territorio se transforma de un acto de guerra, de un hecho de barbarie militar en un acto legal, en lo que legitima el hecho de la guerra. Si bien aquí no encontramos ciudades prehispánicas que nos expliquen las ciudades hispánicas, como en el caso mesoamericano, la meseta peruana o el caso mexicano, o lo que se encuentra en el Ecuador, podemos encontrar como única forma de explicar ciudades como Bogotá, reconocer que este territorio ya había sido probado como un territorio capaz de sostener más de un millón de personas y eso se probó en el siglo xv. Cuando llegan los españoles lo que se hace es un rápido inventario de sociedades donde se pueden fundar ciudades para dominarlas, para explotarlas y por eso es que los españoles llegan a juntar, a agrupar indios en lugares que se llamaron genéricamente pueblos de indios y en algunos casos sobre ellos fundan ciudades, pero la ciudad colonial rápidamente se jerarquiza, se estructura al rededor de dos ideas fundamentales de jerarquización del espacio y de la sociedad, pero siempre bajo una idea, todos son habitantes urbanos, ya sea en las ciudades, las villas, parroquias o pueblos de indios. El caso campesino que empieza a aparecer en el siglo xviii no es otra cosa que la distorsión de la idea de orden, pues se trata de gentes que viven en el monte por fuera del pasto espiritual, pobladores que viven por fuera de la idea de orden y la idea de un orden es bajo el sonido de la campana.

Y de ahí la importancia de la ceremonia de fundar la ciudad; fundar es un rito cargado de un simbolismo de poder, y de este rito se deriva en buena parte la legitimidad de explotar las riquezas que se encuentran en el territorio bajo la jurisdicción de esa ciudad. En razón de ello, las malas fundaciones dan como resultado malos procesos urbanos, ciudades torcidas que van a durar muchísimo tiempo en enderezarse, como es el caso de Santafé de Bogotá, ciudad que no es fundada siguiendo cumplidamente los ritos y ceremonias que se exigían. Es posterior al asentamiento realizado por Quesada, —en marzo de 1539, cuando llega Belalcázar— cuando se define la traza, la forma, pero no se pudo definir el territorio, es decir, el entorno rural representado en las tierras comunales, y que los ejidos son fundamentales para permitir el desarrollo de la ciudad. En Santafé esto se realizó cuarenta años después de fundada. Condición que explica que la ciudad no pudiera contar con rentas derivadas del alquiler de estas tierras comunales, y por lo tanto Santafé fue, durante la colonia, una ciudad sin calles empedradas, sin fuentes ni acueducto, sin alcantarillado, sin abasto eficiente de la ciudad porque su entorno rural de mejor calidad fue apropiado por gentes y no por la ciudad.

A comienzos del siglo XVI, desembarca Ojeda, —con soldados, armas, caballos y todos los pertrechos que llevaba— viene con una función fundamental consignada en un contrato llamado capitulación en el que se adquieren derechos y deberes y uno de los deberes es fundar ciudades. A la manera del castigo de Caín, una de las funciones del conquistador es fundar ciudades. Fray Pedro Simón en la descripción del poblado que funda Ojeda dice: "Para mayor seguro de su población le hizo Ojeda un palenque de maderos gruesos que no le fue de poca importancia en cuanto los briosos aliento de los urabae". Así se encuentra Santa María la Antigua del Darién en 1510 y luego, en Santa Marta en 1525; recién fundadas reciben el título de ciudad, y mientras Santa Marta era un lugar polvoriento de casas pobres de techos de paja, que contrastaba con todo el esplendor urbano del mundo Tairona, estas ciudades prehispánicas no pasaban de ser, para los conquistadores, simples pueblos de indios, indios insumisos; las ciudades tironas para los españoles no son ciudades, y sólo Santa Marta es ciudad. En 1533 Pedro de Heredia, sol-

dado de Badilla funda Cartagena y en la fundación se le da el derecho de fundador y el Rey le dice: "Voz doy licencia y facultad para que podais hacer y hagais en la dicha provincia una fortaleza cual convenga para la defensa de los españoles que en ella residieren en la parte que mejor os pareciere". Esta autorización significa sencillamente la fundación de una ciudad, la conquista de un territorio y la administración de una justicia civil y criminal de la provincia. Es así como se encuentra permanentemente que el acto de conquista es indisociable del acto urbano, y por ello lo militar y lo urbanístico van acompañados y en todas partes se va encontrando un ejercicio muy claro de construir o fundar ciudad.

Posterior a la conquista, lo que se encuentra son procesos de poblamiento, surgimiento de "libres" —es decir, población no sujeta— que se agrupan en los cruces de camino y van organizando sitios que luego se llaman parroquias y en algunos casos ascienden a villas. No se encuentran fundaciones en el siglo XVII o en el siglo XVIII, a pesar de que se producen procesos de invención de una tradición con posterioridad a la conquista, absolutamente válidos para tener legitimidad histórica de esta sociedad que hoy es importante, pero realmente no hubo fundación.

España sueña un orden y ese orden soñado es urbano; se espera que se establezca en América un orden donde la jerarquización social está consignada en la jerarquización urbana. Se jerarquizan los centros urbanos en ciudades, villas y parroquias; el interior del espacio urbano, también, es socialmente jerarquizado. Esto queda, de una manera muy clara, escrito en la traza. Se invita a leer la traza como un documento donde cada sociedad va escribiendo lo que piensa de sí misma, allí consigna cuál es el proyecto social que tiene en ese momento; esto se puede encontrar en distintos espacios de la ciudad, como el *Park Way* en Bogotá, o Avenida 22, vía que es una expresión de principios sociales, políticos, urbanísticos, muy claros, manifestados en un momento específico de la historia de la ciudad como es la posguerra mundial, cuando el modelo norteamericano aparece como el nuevo paradigma político. Si se va al barrio Inglés, al sur de la capital, se encuentra el modelo de ciudad parisina en el sur de Bogotá, donde se copia la estructura que el Barón

Hausmman trazó en París, pero en pequeño y sin grandes bulevares, con calles transversales, con plazas radiales, producto de un urbanista que soñaba con una ciudad que era el paradigma de cultura a principios del siglo XX.

Si bien, la ciudad, cada vez supera esa condición de haber sido el espacio de la muerte, y cada vez, se aproxima a ser el espacio de la igualdad, no deja las principales funciones que le dieron origen, como la de manejar los inconscientes colectivos, en el pasado a través de la función de unir el cielo con la tierra, y hoy, gracias a la secularización, por medio de los sentimientos de pertenencia colectivos y los imaginarios urbanos consensuales. Hoy, el templo no es el símbolo más importante de una ciudad, pero los otros elementos históricos, como la división del trabajo, la concentración poblacional y el control de un territorio, siguen siendo las características de una ciudad, al igual que hace cinco mil años.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAUDEL, Fernand. *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- CONRAD, Joseph. *El corazón de las tinieblas*. Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- DUBY, George. *Histoire de la France Urbaine*. París, Seuil, 1980.
- MUNFORD, Lewis. *La ciudad en la historia*. Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1979.
- ZAMBRANO, Fabio y O. Bernard. *Ciudad y Territorio*. Bogotá, Academia de historia, IFEA, 1993.